

¿Qué Han Hecho con el Señor?

Lecturas: Salmo 42  
Juan 20: 1-2.

Ya se ha hecho tradicional que las iglesias cristianas celebren el Domingo de Resurrección. Precisamente, lo que se hace por mera tradición, pierde su significado. Así, pues, se va empinando el valor de las cosas sagradas y los valores últimos de la vida, para convertirse en mero teatro. La superficialidad en la celebración de los significativos acontecimientos gusta mucho porque no requieren esfuerzo creador. La importancia de un día como éste no se debe a su repetición ni a su tono festivo. Para el cristiano creyente ésta debe ser una época de búsqueda, de examen interior, de valorización. Esto es lo que intentaré hacer en la predicación de hoy, queridos hermanos: buscar, examinar y ahondar en los valores en lo que es el Domingo de Resurrección.

Hay un Salmo en las Sagradas Escrituras que ha sido catalogado como una de las joyas literarias que ha producido la humanidad. Se coloca al lado de la Eneida de Virgilio, del Quijote de la Mancha de Cervantes, de la Divina Comedia de Alighieri, del Fausto de Goethe y de muchas más. Pero su importancia va más allá de esas consideraciones. Contiene algo más profundo que su cadencioso ritmo y su estilo elevado. Contiene algo más que las

rebuscadas expresiones lingüísticas.

Lo que le da la tónica profunda al Salmo que nos ocupa, es que plantea el problema del hombre en todas las edades. El problema consiste en la agonía que todos llevamos en la pregunta; ¿Dónde está tu Dios? Contestar esta interrogante es plantearse todo el vivir.

Un ligero examen de lo que es la existencia nos hace pesimistas. Uno nace en el dolor, primero de la madre, y después el que nos toca durante el tránsito por la vida terrena. Tenemos momentos de felicidad, esto es muy cierto, pero no son más que eso, momentos, que más tarde, en la senectud, cuando afloran en el recuerdo, nos angustian.

Se vive del abatimiento, y hasta clamamos con el salmista: ¿Por qué te has olvidado de mí? (Salmo 42: 9.). Toda la creación concurre a poner muchas veces en nuestros espíritus una nota que nos confunde.

Pero lo más agobiante en todo lo negativo de la vida, máxime cuando se es creyente, es esa pregunta mal intencionada de nuestros vecinos: ¿Dónde está tu Dios? Salmo 42: 3. Pero no echemos toda la culpa al interrogante, pues nosotros mismos, en las horas de dolor y de miseria hacemos lo mismo.

No obstante, el error del cristiano y mucho mayor del que reniega de Dios, es que contempla el panorama de la vida con elementos inadecuados y superficiales. En primer lugar, pretendemos resolver las incógnitas de la existencia, a base de lo poquísimo que somos y de lo poquísimo que sabemos. Si se mide la vida en la tierra, a penas somos un microsegundo en la creación. Si se examina el cuerpo humano está constituido para que se desintegre y vuelva al polvo. Hacemos decisiones que apenas podemos realizar. Con estas cosas no se le puede dar una contestación a la incógnita del ser.

Nadie puede negar que nos movemos en un ámbito de limitaciones de todas clases: intelectuales, físicas, emocionales, etc. Pero, ¿que hacer?

Algunas personas han adoptado gozar lo más posible de esos destellos de felicidad que se tienen de cuando en vez. Otros se convierten en estoicos, o sea, que con serenidad se enfrentan a lo que la vida traiga, echando fuera temores y miedos. Y hay quienes seleccionan el camino de la nada, caminan hacia ella con una gran dejadez por lo que significa vivir

La solución que ofrece el cristianismo la estamos celebrando en el día de hoy, Domingo de Resurrección. Notarán Uds. que el seguidor de Cristo no es una persona que ha de escaparse de las condiciones que antes he mencionado. El tal tendrá horas de dolor y horas de alegría, momentos de obscuridad y momentos de sol, ocasiones de abundancia y ocasiones de escasez, momentos de tormentas interiores y momentos de paz y de tranquilidad. Es obvio que estas mismas cosas le podrán suceder al incrédulo. Sin embargo hay un abismo o una gran diferencia entre ambos.

La Biblia, el testimonio y la garantía de Dios establece que el que está en Cristo nueva criatura es. ¿Y qué quiere decir esto?

Toda existencia humana presupone una serie de bases para darle sentido a lo que ella es. El que cree que las riquezas lo es todo funciona a base de ese principio, por el cual mide todo lo que hace. El que cree que la razón lo es todo, aplica tal idea a sus quehaceres y todo lo mide con tal punto de partida. El que cree que todo poder

es el poder, a él recurre en toda circunstancia, de él se vale para realizar sus propósitos, no importa cuales fueren. Pero el supuesto del cristiano es de otra clase.

El seguidor de Jesucristo transforma todos sus valores y propósitos. La vida ahora se mide, no con normas que inventa y que establece el hombre, sino en la seguridad del Dios que crea, que cuida y que sostiene el universo. El famoso misionero Adoniram Judson se graduó de una universidad en Nueva Inglaterra, destacándose como un genio en las matemáticas. Desearon nombrarle maestro en su alma mater para que fuera el director de dicho departamento. Pero una noche, asistiendo a una iglesia, creyó en Jesucristo. Abandonó su cátedra y se fue a Birmania, a pasar cruentas vicisitudes, porque para él, toda la perspectiva de su existencia había cambiado.

El seguidor de Cristo empieza a comprender que su significado está en la eternidad. Debo aclarar que eternidad no significa tiempo sin límite, sino estar uno poseído por Dios, conocer que Dios es la única dimensión verdadera y valdadera para colocar en su justega al ser humano. La eternidad es reconocer que Dios es dueño de todo y nosotros ovejas de su dehesa.

El seguidor de Cristo se percata que vive sin entender muchas cosas que le suceden en el diario vivir, pero que alguna vez las entenderá en ese plano de existencia que no ha de limitarse ni al mero mundo de los sentidos, ni al mero mundo espacio-temporal. Ya el Apóstol Pablo nos anticipó que ahora vemos en oscuridad, pero entonces veremos cara a cara.

El seguidor de Cristo va sacudiéndose de las fuerzas demoniacas. Se entiende por esta última expresión, todo aquello que impide que el hombre llegue a ser hijo de Dios. El ambiente en que vivimos es la gran tentación de esas fuerzas. Hay quienes viven muy enamorados de las glorias y los oropeles. Hay quienes están dispuestos a sacrificar la vida de su vecino siempre y cuando que le convenga a la suya. Basta con echar una ojeada a los rotativos para percatarnos que esas fuerzas enajenadoras contra Dios campean por doquier. Entre las naciones hay una competencia por producir grandes ejércitos, debido a la fuerza demoniaca del recelo, del susto, del miedo. El lucro desleal es lugar común en el comercio, en la política y en las profesiones.

La gran ironía de la historia consiste en que jamás había tenido el hombre tantos medios y tantos recursos a su disposición para llevar una vida de tranquilidad. Pero... ¿quién diría que mientras unos astronautas realizan la increíble proeza de surcar el espacio y colocarse en la luna, que mientras unos aparatos mecánicos investigan al planeta Marte, acá en la tierra se están librando fieras batallas de destrucción, sin que se vislumbre un rayo de esperanza para la paz! ¿Por qué tenemos que vivir enjaulados como pájaros? ¿Por qué tenemos que dar un paseo por las calles de nuestro pueblo por miedo a un asalto o a un asesinato?

El seguidor de Cristo sabe leer las señales de los tiempos. Las condiciones convulsas que vivimos indican que hay algo que no está bien. El darse por otros, el dolerse por la amargura del vecino, parece que se está obliterando. Hay un momento que parece que el mal impera. El naufragio parece imponerse en casi todos los órdenes de la vida. No es de extrañarse, aunque lo creo blasfemia, el decir de algunos religiosos, que Dios ha muerto.

En el Evangelio de Juan hay un relato, que a mi entender, indica la causa de la enfermedad que padece nuestra cultura y nuestra vida social y política. María Magdalena fue al sepulcro para recibir el gran asombro de su vida. Se habían llevado a su Señor. Luego le dice a Simón Pedro: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto.

Para María Magdalena, Jesús no había resucitado, se lo habían llevado. Y es que esta mujer es el símbolo de lo que está sucediendo hoy.

Tal parece que lo que Cristo es, y las demandas que pide al mundo, se están perdiendo en el vacío. Es muy posible que haya iglesias sin Cristo, donde el mensaje es una simple charla filosófica, o un desenvolvimiento de un tema ético o social, o un mero malabarismo de disquisiciones teológicas. Puede que la labor del ministro se haya diluido en una profesión para la vida cómoda, mientras las ovejas claman por su pastor. Puede que haya cientos de miembros, muy complacidos por lo poco que han hecho, sabiendo que los campos están blancos para la siega. Esto no quiere decir que no haya iglesias



que no hayan cumplido con lo que Dios exige. Pero Uds. queridos hermanos, deben saber que Cristo ha sido secuestrado de muchos lugares, de los cuales podemos decir, que la tumba está vacía.

Se extrañará que he empezado con la iglesia por ser ésta el cuerpo de Cristo y la que más luz debe arrojar al mundo. No obstante, pasa algo parecido con casi toda la vida y con casi todas las instituciones que componen la sociedad. y decimos esto porque sustentamos la tesis que nuestro Señor Jesucristo tiene que ser el dueño y el director de todo lo que está establecido en la tierra. En casi todas las actividades del hombre se nota una tumba vacía; sin Cristo, sin Dios.

Resta una parte del versículo primero, que tiene para mí una gran pertinencia, y que reza: ... y no sabemos dónde le han puesto.

¿Qué ha hecho el mundo con Jesús?

Para algunos se ha convertido en un ser legendario, fabricado por la mente calenturienta de Magdalena, que alucinada por el amor creyó verle resucitado. Así, lo presenta el autor francés Ernesto Renán.

Para otros fue Jesús tan sólo un gran maestro, como Sócrates o como Diógenes. La tarea fue enseñar como cualquier rabino. Se diferenciaba de los maestros de su tiempo en que modificó algunas enseñanzas mosaicas. Su vida era la del forjador de caracteres a base de una moral nueva. Los que así piensan no saben dónde han puesto a Jesús.

Todavía quedan los que vieron a Jesús como un gran revolucionario en busca de poder, valiéndose de la religión de su tiempo. Para estas personas Jesucristo representaba la ambición desmesurada, la sed de mirar la tierra de Palestina y decir que era de él, como lo podían decir Pilatos y Herodes. Quizá, de esa manera, pensaba el Sumo Sacerdote, que Cristo buscaba darle un golpe de estado. Es muy cierto que Cristo es el revolucionario por excelencia, pero no del tipo anteriormente presentado. De acuerdo con este último pensamiento no se sabe dónde han llevado a Cristo.

Cabe la gran posibilidad que hoy, una parte de la masa cristiana, esté celebrando, no la resurrección de Jesucristo, sino el acto de la tumba vacía y del Jesús secuestrado.

Si lo que hasta ahora hemos dicho fuere cierto, se nos presenta el gran reto, de que el divino Maestro, de veras haya resucitado. Hoy más que nunca, el que Jesús venciera la muerte, debe convertirse en la experiencia renovadora de todo nuestro ser. No permitamos que las tentaciones y los peligros de estos tiempos nos lleven al Señor, y que no sepamos que han hecho con El. Hagamos de la iglesia la digna representante de la obra de Dios, que sepa cuidar de nuestros hermanos en la fe, y los que no lo son, en lo material, en lo intelectual y en lo espiritual. El ser humano es como la túnica del Señor, de una sola pieza, sin remiendos y sin costura, y como una sola pieza debemos tratarlo. El Señor resucitó para que juntamente con él nosotros resucitemos. No permitamos que con nuestra deslealtad, nuestra indiferencia, nuestro olvido del hermano que debo cuidar, tengamos que exclamar en lamentos diciendo: Se han llevado a nuestro Señor. Por lo contrario, gritemos, que resucitó, que vive, porque llena nuestros corazones, y eso sólo es posible cuando nos damos por los demás.